

LIBRO VIGÉSIMOSEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE CÓMO YA MR. JACKAL SABE EN FIN Á QUÉ ATENERSE, Y RECONOCE QUE LOS BOSQUES VÍRGENES DE LA AMÉRICA SON MENOS PELIGROSOS QUE LOS BOSQUES VÍRGENES DE PARÍS.

Pusiéronse en marcha por medio de aquellos largos é inmensos subterráneos, cuya descripción dejamos hecha en uno de nuestros precedentes volúmenes, marcha lenta á través de mil rodeos que voluntaria ó involuntariamente hicieron dar á Mr. Jackal, marcha de tres cuartos de hora que parecieron siglos enteros al prisionero, no sólo por el relente de los subterráneos sino por el paso mesurado y el silencio pertinaz y absoluto de los conductores, todo lo cual hacia de esta marcha nocturna una marcha funeral.

Al llegar delante de una puerta baja detúvose esta pequeña caravana.

— ¿ Hemos llegado ya ? preguntó acongojado Mr. Jackal, quien comenzaba á recelar que el misterio profundo que estaba envuelto su rapto encerraba algún grave peligro.

— Dentro de poco, contestó una voz por primera vez oída.

Este nuevo personaje abrió la puerta por la cual entraron dos de los compañeros de Mr. Jackal, á quien un tercero, tomándole del brazo, le dijo :

— Subamos.

Sintió con afecto que tropezaba con la primera grada de una escalera, y no bien había subido la tercera, se cerró tras de él la puerta que les había dado entrada ; contando seguidamente al subir cuarenta escalones, precedido siempre, y siempre seguido de sus centinelas de vista.

— ¡ Bueno ! dijo, me acompañan á un cuarto separado, siempre para hacerme perder la pista.

Mas por esta vez se había equivocado, dándose cuenta de ello desde luego pues al llegar á una meseta de tierra firme respiró contento un aire fresco, apacible y perfumado como el de los bosques, oyendo, después de dar como diez pasos sobre la blanda hierba, la voz tan conocida de su vecino que le decia :

— Ahora es cuando habéis llegado, y podéis quitaros la venda.

No esperó Mr. Jackal á que se lo repitiesen, y con un movimiento tan rápido, que descubrió á su pesar una grande emoción, se quitó el pañuelo de los ojos.

Un grito de asombro se le escapó al ver el espectáculo que se le presentaba.

Se encontraba en el centro de un círculo, formado por un centenar de hombres, los cuales á su vez formaban el centro de un círculo indefinido formado también por un bosque.

Tendió la vista á su alrededor, y se quedó estupefacto, anonadado.

Procuró conocer un rostro entre tantos rostros alumbrados de arriba por la luna, y de abajo por veinte antorchas fijas en el suelo.

Todas las caras le eran desconocidas.

Además, ¿dónde se hallaba? Lo ignoraba de todo punto. No conocía á diez leguas de los contornos de París un paraje tan montaraz como el que veía.

Buscó con la vista un punto que le sirviese de señal, un horizonte en este bosque; pero el humo que las antorchas despedían, mezclado con la bruma que los árboles dibujaban, producía un celaje tan nebuloso que Mr. Jackal no podía penetrar con toda su perspicacia.

Mas lo que sobre todo le causaba una profunda impresión era el silencio sepulcral que en torno suyo, sobre su cabeza, y por decirlo así bajo sus pies reinaba, silencio que de todos estos personajes hubiera hecho una reunión de fantasmas si los resplandores que brillaban en los sombríos ojos de cada uno no le hubieran traído á la memoria las palabras que de una manera lúgubre habían vibrado en sus oídos:

— ¡ Nosotros no somos ladrones! ¡ Nosotros somos enemigos!

Y de estos enemigos, ya lo hemos dicho, contó él cien á primera vista, y se encontraba en medio de sus cien enemigos, y en medio de la noche, y en medio de un bosque.

Era Mr. Jackal, lo dijimos antes, un gran filósofo, un gran volteriano, un gran ateo; tres palabras diferentes que vienen á significar poco más ó menos una misma cosa; y sin embargo, en trance tan tremendo, en momento tan solemne (digámoslo para su vergüenza ó elegio) hizo un esfuerzo supremo para recogerse dentro de sí mismo, y levantando los ojos al cielo encomendó á Dios su alma.

Nuestros lectores han conocido sin duda el sitio á que fué conducido Mr. Jackal, y si éste á pesar de sus esfuerzos no ha podido todavía saberlo, digamos francamente que ello consiste en que á tal paraje, si bien situado en el interior de París, no había nunca ido.

Era efectivamente el bosque virgen de la calle del Infierno, menos verde, lo confieso, que cuando por primera vez entré en él una noche de primavera, pero no menos pintoresco en la escena que referimos, ocurrida en época avanzada del otoño y de la medianoche: bosque del que habían salido Salvador y el general Le Bastard de Premont para sustraer á Mina del poder de Mr. de Valgeneuse, y al que se habían citado para arrancar á Mr. Sarranti de las manos del verdugo, faltando á la cita, y ya sabemos por qué, Salvador, reemplazándole Mr. Jackal.

Conocemos, pues, aunque no de vista, á varios de los personajes reunidos en esta casa desierta.

Esta es la *venta* de los carbonarios, reforzada aquella noche por otras cuatro ventas, á las cuales acudió el general Le Bastard de Premont la noche del 21 de Mayo en demanda de auxilio y protección para salvar á su amigo.

No hay para qué consignar aquí la respuesta de los carbonarios con tal motivo, pues que la dejamos referida en el capítulo, cuyo título es: *La verdadera sentencia de muerte de Mr. Sarranti*.

La contestación era una negativa completa, absoluta, unánime á tomar la menor parte en la libertad del preso; solo uno de los veinte, Salvador ofreció su cooperación al general, cuyo resultado está á la vista.

No se habrá olvidado tampoco la razón fuerte, aunque justa, en que el tribunal fundó la severidad de sus tenen-

cia; mas por si los lectores no lo tienen presente, vamos á reproducir el texto mismo.

El orador, encargado de llevar la palabra á nombre de sus hermanos, habia dicho:

— Con pesar traigo esta respuesta, pero sin pruebas evidentes, irrecusables, claras, luminosas de la inocencia de Mr. Sarranti, el acuerdo de la mayoría es no tomar parte en una empresa cuyo objeto seria sustraer de la acción de la ley al que la ley ha condenado *justamente*. Y digo *justamente*, entendedme bien general, hasta que se pruebe lo contrario.

Aquella mañana, pues, del día de que vamos hablando, Salvador, pensando en su expedición á Vanves, se pasó por casa del general Le Bastard de Premont, y no habiéndole encontrado, le dejó estas instrucciones:

— « Esta noche hay reunión en el bosque virgen, á la que no dejéis de asistir, y decid á los hermanos que *yo tengo* la prueba de la inocencia de Mr. Sarranti, y que esa prueba la llevaré yo hacia medianoche.

» Sin embargo, desde las nueve emboscosos con diez hombres de confianza en los alrededores de la calle de Jerusalén; me veréis entrar en la policia; hasta entonces no tengo el menor cuidado; pero desde el momento en que me halle dentro de la Prefectura, aunque dudo que Mr. Jackal sea tan osado, conociéndome como me conoce, es muy posible mi arresto.

» Si á las diez no he salido, es señal de que estoy preso.

» Pero mi prisión hará necesarios, por parte de Mr. Jackal, ciertos pasos que le obligarán á salir de casa.

» Tomad vuestras medidas como hombre acostumbrado á preparar emboscadas; apoderaos de Mr. Jackal y de su cochero, desembarazándoos de éste como pudiéreis; y lle-

vando á su amo á través de vueltas y revueltas tan complicadas que le hagan perder enteramente la pista, conducidle al bosque virgen.

» Una vez puesto yo en libertad, yo me encargaré de él. »

Ya hemos visto que el general Le Bastard de Premont, pues éste era el vecino que á su derecha tenia Mr. Jackal en el coche, habia, con el auxilio de sus amigos, ejecutado punto por punto los encargos de Salvador.

La venta, ó mejor dicho, las cinco ventas reunidas la misma noche para ponerse de acuerdo con respecto á las elecciones, sabian desde las diez por un mensaje del general la prisión de Salvador, la inocencia de Mr. Sarranti y la necesidad que habia de apoderarse de Mr. Jackal.

Una venta entera, esto es, veinte hombres habian adoptado desde luego y en un abrir y cerrar de ojos cuantas disposiciones eran precisas para que Mr. Jackal no pudiese escapar de manera alguna, pues además de los cuatro hombres que Mr. Lebastard de Premont habia puesto en la Prefectura y los tres que habia llevado consigo del paseo de la Reina, estaban escalonados los veinte de cuatro en cuatro á lo largo del río y hasta más allá de la harrera de Passy: claro es, pues, que le era imposible escapar, como no escapó.

Le hemos seguido en medio de las vueltas y revueltas que le han hecho dar, siguiendo las instrucciones de Salvador, y ya le tenemos en el centro del círculo de los carbonarios, aguardando con ansiedad una decisión, que según las apariencias debia asemejarse mucho á una sentencia de muerte.

— Hermanos, dijo el general Le Bastard de Premont con un tono grave: tenéis delante al hombre que esperabais. Aguardabais al hermano Salvador, pero ha sido arrestado; y según él lo habia ordenado para el caso de ser

hecho preso, el que ha tenido la audacia de poner la mano sobre él ha sido arrestado : éste es, aquí lo tenéis.

— Que empiece por dar al punto la orden de poner en libertad á Salvador, contestó uno.

— Lo he hecho ya, señores, se apresuró á decir Mr. Jackal.

— ¿ Es cierto como lo asegura ? preguntaron cinco ó seis con un apresuramiento que manifestaba un inmenso interés por Salvador.

— Atended, replicó Mr. Le Bastard de Premont ; es tan hábil este sujeto á quien hemos tenido el honor de echar el guante, que en el acto de haber caído en nuestro poder se echó sin duda á discurrir sobre el motivo de su rapto, y no ocultándose á su sagacidad que tenía que responder con su cabeza y con su cuerpo del cuerpo y de la cabeza de nuestro amigo, se figuró que nuestra primera exigencia á su presentación sería la libertad de Salvador. Ha querido, pues, tener el mérito de la iniciativa, y dió con efecto, como dice, la orden de libertad, pero orden que en mi concepto debió dar antes de salir de la Prefectura y no después de haber caído en nuestras manos.

— Pero ya he dicho, señores, exclamó Mr. Jackal, que fué por un simple olvido, por un puro olvido, el no haber dado la orden antes de salir de la Prefectura.

— Olvido enojoso y sensible que los hermanos lo tomarán en cuenta, repuso el general.

— Además, caballero, añadió el que había preguntado al general si el jefe de policía había dicho la verdad, además, vos no estáis aquí sólo para responder de la prisión de Salvador ; estáis aquí porque tenemos mil agravios contra vos.

Mr. Jackal hizo un movimiento para responder, pero el

orador, imponiéndole silencio con el gesto, continuó de esta manera ;

— Y no hablo solamente de agravios políticos ; porque que vos améis la monarquía y nosotros la república importa poco, pues tenéis el derecho de servir á un hombre, como nosotros el consagrarnos á un principio. No es sólo por ser agente político del gobierno por lo que habéis sido preso, sino por transgresor de los poderes de vuestro cargo.

— Si ; por abuso de vuestros poderes. — Ningún día deja de presentarse alguna queja contra vos en el tribunal secreto. — No hay día en que algún hermano no venga á pedir alguna venganza contra vos. Tiempo há que vuestra muerte, caballero, está decidida, y si se ha retardado hasta ahora, dad las gracias á Salvador.

El tono reposado, la lentitud, la dulzura amarga con que tales palabras el orador pronunciaba, produjeron en Mr. Jackal una sensación tan terrible como si estuviese oyendo retumbar la trompeta del ángel exterminador. Tenía que hacer mil observaciones, y siendo como era elocuente en las horas ordinarias, esta última de su vida, llegada tan de improviso y tan pronto, le proporcionaba una ocasión magnífica de desplegar sus dotes oratorias. Pero ni aun siquiera se le pasó por la imaginación el echar mano de ese recurso : tan imponente y tremendo era el silencio solemne que reinaba entre tantos asistentes : tan numerosa asamblea parecía una vasta y pavorosa soledad.

El silencio que guardaba Mr. Jackal dió á otro orador lugar para tomar la palabra que él no pedía.

— El sujeto que habéis hecho prender, le dijo, aunque por dos veces le debéis la vida, nos es muy querido, caballero ; y por sólo el hecho de arrestarlo, por haber puesto la mano en un hombre á quien, por tantos títulos debíais

querer y respetar, habéis merecido la muerte. Es pues, vuestra muerte la que vamos á resolver. Se os traerá mesa, papel, plumas y tinta, y si durante nuestra deliberación, que debéis mirar como la última, tenéis que adoptar algunas disposiciones testamentarias ; si queréis que se ejecute vuestra última voluntad ; si habéis de dejar algunos legados á vuestros parientes y amigos ; consignadlo todo por escrito, y nosotros todos os empeñamos nuestra palabra de honor de que vuestros deseos serán puntualmente ejecutados.

— Pero para hacer un testamento válido, exclamó Mr. Jackal, se necesita un notario, y aun son necesarios dos.

— Ni uno ni medio requiere el testamento ológrafo, caballero ; pues bien, sabéis que el testamento ológrafo, escrito todo de puño y letra del testador, es el testamento más incontrastable de todos, si el que lo firma está sano de cuerpo y alma. Pues bien ; aquí somos cien testigos para en caso necesario atestiguar que en el acto de escribir y formar vuestro testamento, estabais, cual nunca, sano de alma y cuerpo. Vaya ; aquí están ya la mesa, tinta, papel y plumas ; escribid, caballero, escribid : nosotros nos retiramos para no perturbaros.

El orador hizo una seña, y como si la comitiva no hubiera estado esperando más que esta seña, todos, sin dejar uno, retrocediendo con un movimiento igual y acompañado, se retiraron disipándose y desapareciendo por el bosque como por encanto.

Mr. Jackal se encontró solo delante de la mesa con una silla al alcance de su mano ; veía que el papel que le habían preparado era papel sellado ; luego era para hacer testamento ; luego aquellos hombres se habían retirado á deliberar sobre su muerte.

Comprendiéndolo así y rascándose la cabeza, decía :

— ¡ Demonio ! ¡ Vaya que el negocio es todavía de peor calidad de lo que yo esperaba !

Y sin embargo, ¿ en qué le parece al lector que pensó Mr. Jackal, por el pronto y desde luego, cuando tuvo ya la convicción de que su fin se aproximaba ? ¿ En hacer su testamento ? No : ¿ en el bien que hubiera podido hacer y el mal que había hecho ? Menos : ¿ en Dios ? Tampoco : ¿ en el diablo ? Mucho menos.

No pensó más que buenamente en tomar un polvo de rapé ; lo tomó, pues, despacio, lo sorbieron sus narices con sumo gusto, lo saboreó con todo placer ; y después de haber cerrado la caja de tabaco con la punta de su dedo, repitió siempre para sus adentros :

— Pues señor ; á la verdad que el negocio es de mala catadura y peor de lo que yo creía.

En este momento fué cuando recapitó con amargura que los bosques vírgenes de la América con sus feroces cuadrúpedos, con sus jaguares ú onzas y sus serpientes de cascabel, son cien veces menos peligrosos que el bosque fantástico en que se encontraba.

¿ Qué hacer, sin embargo ? Á falta de otra cosa lo mejor que hizo fué mirar á su reloj ; mas no tuvo el gusto de saber qué hora era, porque su reloj, al que por sus ocupaciones del día anterior no le había dado cuerda, estaba parado.

Dirigió por fin una mirada al papel, pluma y tintero, y se sentó maquinalmente en la silla y se puso de codos sobre la mesa.

Pero no lo hacia por haberse decidido á extender su testamento, pues poco le importaba morir intestado, sino por una cosa muy sencilla, á saber, que le flaqueaban las

piernas ; así que, en lugar de coger la pluma y escribir en el papel, dejó caer su cabeza sobre las dos manos.

Permaneció así un cuarto de hora, absorto en sus pensamientos y enteramente ajeno á cuanto pasaba en torno suyo, no saliendo de su distracción hasta que sintió la presión de una mano sobre sus espaldas.

Estremecióse, levantó la cabeza y se encontró en medio del círculo.

Pero las frentes de aquellos hombres estaban más sombrías, y sus miradas más centellantes.

— ¡ Y bien ! dijo á Mr. Jackal el que le había tocado en la espalda.

— ¿ Qué me queréis ? pregunto éste.

— ¿ Tenéis intención, sí ó no, de hacer testamento ?

— Sí ; pero necesito más tiempo para escribirlo.

El desconocido sacó su reloj, pues menos olvidadizo y preocupado que Mr. Jackal, le había dado cuerda y estaba andando y corriente.

— Son las tres y diez minutos de la madrugada, le contestó ; tenéis de tiempo hasta las tres y media, esto es, veinte minutos, á no ser que preferáis que todo termine pronto y de seguida, en cuyo caso no se os hará aguardar ni un momento.

— No, de ninguna manera, exclamó, reflexionando los muchos sucesos que podrian ocurrir en veinte minutos. Tengo, por el contrario, que consignar en este acto supremo cosas de la más alta importancia, y tan interesantes, que dudo sean suficientes veinte minutos.

— Será menester, no obstante, que basten, pues que no se os ha concedido ni un segundo más, replicó el hombre del reloj, dejando su cronómetro sobre la mesa delante de los ojos de Mr. Jackal, y retirándose para

colocarse en la fila que en el círculo le correspondía.

Mr. Jackal dirigió la vista al reloj, y ya había pasado uno de los veinte minutos que le concedían. Le parecía que los golpes del reloj eran cada vez más acelerados y hasta se le figuraba ver sensiblemente el movimiento del minuterio.

Una nube obscureció su vista.

— ¡ Y bien ! ¿ no escribis ? le dijo el hombre del reloj.

— Si, por cierto, sí, por cierto, respondió Mr. Jackal.

Y tomando convulsivamente la pluma comenzó á escribir.

Ignoramos si él sabía lo que se escribía, porque arrebatándosele la sangre á la cabeza sentía un hervidero en las sienas como el que está amenazado de una apoplejia, al mismo tiempo que los pies se le iban enfriando con una rapidez espantosa.

Á su alrededor no se oía ni la respiración de los carbonarios, ni el menor ruido de las ramas de los árboles, ni un pájaro, ni un insecto, ni aun se movían los tallos de las hierbas.

Sólo se percibía el rechinar de la pluma que corría sobre el papel rasgándolo á cada paso : tan nerviosa, febril, y por demás conmovida estaba la mano que aquellos rasgos trazaba.

Mr. Jackal, como para descansar de este trabajo, levantó la cabeza y miró, ó más bien dicho principió á mirar á su alrededor ; pero bien pronto tuvo que bajar los ojos hacia el papel, aterrizado por la sombría energía que veía pintada en todos los semblantes que le rodeaban.

Ni aun pudo continuar escribiendo.

Se le aproximó entonces el hombre del reloj, y le dijo :

— Es preciso concluir, caballero ; los veinte minutos han pasado.

Mr. Jackal tembló como un azogado ; objetó que hacia frio, que no estaba acostumbrado á trabajar al aire libre, sobre todo de noche, que su mano temblaba como podian verlo, en atención á todo lo cual se acogia á la indulgencia de la asamblea, y en fin, acumuló cuantas malas razones puede uno encontrar en el momento de ir á morir pará retrasar algunos segundos este instante supremo.

— Se os conceden todavía cinco minutos, dijo volviendo á su fila el que á intimarle se habia adelantado.

— ¡ Cinco minutos ! exclamó Mr. Jackal ; ¿ habéis pensado bien en ello ? ¡ Cinco minutos para hacer un testamento, para escribirlo, para firmarlo, para rubricarlo, para repasarlo, para comprobarlo !... ¡ cinco minutos para un trabajo que exigiria un mes en medio de una perfecta tranquilidad y calma de espíritu ; francamente, caballero, confesad que esto no es razonable !

Los carbonarios le dejaron hablar ; y á poco el hombre del reloj, aproximándosele y clavando los ojos en la esfera del cronómetro, le dijo :

— Han pasado los cinco minutos.

Mr. Jackal exhaló un grito lastimero.

Entonces el círculo se estrechó tan apañadamente en torno de Mr. Jackal, que éste se ahogaba dentro de esta muralla viviente

— Firmad el testamento, dijo el hombre del reloj, y concluyamos, si os parece, que es hora.

— Tenemos negocios más apremiantes y de mayor importancia que el vuestro, dijo un segundo carbonario.

— Demasiado tiempo hemos perdido ya, añadió un tercero.

El del reloj presentó la pluma á Mr. Jackal, diciéndole :

— Firmad.

Mr. Jackal tomó la pluma y firmó protestando de todo.

— ¿ Está hecho ? preguntaron.

— Si, dijo el del reloj.

Y dirigiéndose á Mr. Jackal, le añadió :

— Caballero : en nombre de todos los hermanos aqui presentes os juro delante de Dios que vuestro testamento será religiosamente respetado y vuestra última voluntad puntualmente ejecutada.

— Venid, dijo uno que hasta entonces no habia hablado palabra ni media, y á quien por sus proporciones atléticas se le podia tener, sin temor de equivocarse, por el encargado del tribunal secreto de desempeñar las funciones de ejecutor. Venid.

Y sin decir más, agarrando vigorosamente á Mr. Jackal del cuello, lo llevó arrastrado y haciéndole pasar por medio del círculo, el cual se abrió para dar paso á la victima y al verdugo.

Mr. Jackal habia dado ocho ó diez pasos en el bosque, conducido como hemos dicho por aquel coloso, cuando á la escasa luz de la luna vió que una cuerda colgada de la rama de un árbol se balanceaba encima de un hoyo recientemente cavado, al mismo tiempo que aparecieron de repente dos hombres que salian del fondo del bosque y le interceptaron el paso.

CAPÍTULO II.

EN QUE SE SOMETEN Á LA APROBACIÓN DE MR. JACKAL DIFERENTES MEDIOS PARA SALVAR Á MR. SARRANTI.

En el momento que Mr. Jackal estaba viendo balancearse la ligadura siniestra, la sogá que iba á proporcionarle, como ha dicho Mr. Prudhomme, no el día más bello, sino el último de su vida; en el instanté que fuertemente asido por el cuello y levantado al aire sin tocar los pies con el suelo, aguardaba le echasen á la garganta el nudo corredizo de la cuerda fatal; en sus postreros suspiros, por decirle así, reaparecieron bruscamente, según hemos dicho, dos hombres que salian, no se sabe de dónde, de la tierra sin duda, ¿pero de qué parte? Nadie hubiera podido adivinarlo, y menos, fácil es comprenderlo, Mr. Jackal que por entonces carecía de su presencia de ánimo habitual y ordinaria.

Uno de los dos, extendiendo la mano, pronunció esta sola palabra.

— ¡ Deteneos !

Á sola esta expresión, *el hermano*, que en aquel acto se hallaba encargado del papel de verdugo y que no era otro que nuestro amigo Juan Taureau, soltó á Mr. Jackal, que cayendo sobre sus pies dió un grito de agradable sorpresa al reconocer en Salvador el hombre que había dicho: ¡ Deteneos !

Era efectivamente Salvador seguido del hermano que el general Le Bastard de Premont, á quien hemos visto

constituido en guardián de Mr. Jackal, había mandado con la orden del jefe de policía para poner en libertad á Salvador

— ¡ Ah ! mi querido caballero Salvador, exclamó Mr. Jackal transportado de reconocimiento : os debo la vida.

— Y es ya la segunda vez que me la debéis, si no recuerdo mal, repuso con severidad el joven.

— La segunda y también la tercera, se apresuró á decir Mr. Jackal : os lo confieso á la faz del cielo ; le reconozco á presencia de este instrumento de suplicio. Poned, poned á prueba mi gratitud, y veréis si soy ingrato.

— Corriente, ahora mismo ; pues con hombres como vos es preciso no dar tiempo á que se resfrien tales sentimientos : seguidnos si os agrada.

— ¡ Oh ! con sumo gusto, contestó Mr. Jackal, echando una última ojeada á la sepultura y al cordel que sobre ella oscilaba.

Y embutió sus pasos tras los de Salvador, no sin comoverse ligeramente al pasar por delante de Juan Taureau, el cual á su vez cerró la marcha como para indicar á Mr. Jackal que todavía no daba por del todo concluido el negocio de la hoya y de la cuerda de que se alejaban.

Al cabo de algunos segundos llegaron al sitio en que Mr. Jackal había apurado todos sus recursos para el asunto del testamento.

Los carbonarios seguían siempre reunidos y hablaban en voz baja.

Se entreabrió el grupo para dar paso á Salvador, á quien seguía Juan Taureau, como la sombra al cuerpo, sombra terrible que helaba de miedo á Mr. Jackal.

Éste observó con gran dolor, al ver fijarse en él las miradas de todos y arrugarse sus frentes con su vista, que

su presencia si para alguno era objeto de sorpresa, para nadie era motivo de satisfacción.

Y con efecto: todos los ojos clavados sobre él expresaban unánimemente este mismo pensamiento.

— ¿Por qué nos devolvéis este personaje?

— Si, si; os comprendo perfectamente, hermanos míos, dijo Salvador. Estáis asombrados de volver á ver entre vosotros á Mr. Jackal, precisamente en el momento en que le creiais seriamente ocupado en entregar su alma á Dios ó al diablo. Pues bien; ved aquí el razonamiento que yo me he hecho y al que Mr. Jackal debe la vida, momentáneamente al menos, pues á más no quiero obligaros: he calculado que Mr. Jackal, muerto, no nos puede servir de nada, mientras que Mr. Jackal, vivo, puedo sernos de grande utilidad, por poco que ponga de su buen deseo, del cual yo no dudo conociendo como conozco su carácter. ¿No es cierto, Sr. Jackal, añadió Salvador volviéndose hacia él, no es cierto que vais á poner por vuestra parte toda la buena voluntad posible?

— Habéis respondido de mí, Sr. Salvador, y no os dejaré feo; contad con ello: sin embargo, no puedo menos de apelar á vuestra suprema equidad para que no me exijáis cosas que excedan á la capacidad de mis medios y recursos.

Salvador hizo con la cabeza una señal que significaba:

— Perded cuidado.

Dirigiéndose en seguida á los carbonarios, dijo:

— Hermanos, ya que tenemos delante al hombre que podia desbaratar nuestros planes, no veo inconveniente en que á su presencia los discutamos, pues Mr. Jackal es buen consejero, y no dudo que nos volverá al buen camino si nos descarriamos.

Mr. Jackal dió su aprobación á estas palabras con un movimiento afirmativo de cabeza.

Salvador, encarándose con él, le preguntó:

— ¿La ejecución del reo está fijada como al principio para mañana?

— Sí; para mañana, contestó Mr. Jackal.

— ¿Para mañana á las cuatro?

— Para las cuatro, repitió Mr. Jackal.

— Bien, dijo Salvador dirigiendo su vista á derecha é izquierda en busca del compañero de viaje de Mr. Jackal. ¿Qué disposiciones habéis adoptado en ese concepto?

— Las siguientes, contestó el carbonario: He alquilado todas las ventanas del primer piso del pretil Pelletier y también todas las de la plaza de Greve desde los tejados hasta los pisos bajos.

— ¿Pues os habrá costado buen dinero? le interrumpió Mr. Jackal.

— Una friolera: ciento cincuenta mil francos.

— Continúa, hermano, dijo Salvador.

— Tengo cuatrocientas ventanas, continuó el carbonario; tres hombres por ventana hacen mil doscientos hombres: he distribuido cuatrocientos en las calles de Mouton, Juan-de-Lepine, de la Vannerie, de Martroy y de la Taneria, esto es, en todas las salidas que desembocan á la plaza del Hôtel-de-Ville; otros doscientos estarán á la mira del paso estrecho de San Juan, é igual número se escalonará de la Conserjería á la plaza de Greve, todos armados de puñal y de un par de pistolas.

— ¡Caramba! Eso ha debido costaros mucho más que las cuatrocientas ventanas.

— Muy equivocado estáis, caballero, respondió el car-

bonario, pues nada me ha costado: las ventanas se alquilan, pero los corazones se dan.

— Continúa, dijo Salvador.

— Ved aquí cómo se dirigirá el movimiento, repuso el carbonario.

Los aldeanos, los parisienses, las mujeres, los niños, según se vaya avanzando hacia la plaza, serán estrechados de la parte del pretil de Gevres y del puente de San Miguel por nuestra gente, cuya consigna es no dejar romper sus filas por motivo alguno.

Mr. Jackal escuchaba con la mayor atención y no menor asombro.

— La carreta del reo, continuó el carbonario, con su piquete de gendarmes, saldrá de la Conserjería hacia las tres y media, dirigiéndose á la plaza de Greve por el pretil de las Flores, sin encontrar el menor obstáculo hasta la extremidad del puente de San Miguel, donde uno de mis indios se arrojará á las ruedas de la carreta dejándose aplastar por ellas.

— ¡ Ah ! interrumpió Mr. Jackal, ¿ conque tengo el honor de estar hablando, según parece, al señor general Le Bastard de Premont ?

— Al mismo, contestó éste ; ¿ dudabais acaso que yo estuviese en París ?

— Tres meses hace que lo sé de seguro ; pero tened la bondad de continuar, caballero : estabais diciendo que uno de vuestros indios se arrojará á las ruedas de la carreta y se dejará aplastar...

— Y Mr. Jackal, aprovechando la interrupción que él mismo había causado, metió la mano en el bolsillo, sacó su caja, la abrió, tomó con el placer acostumbrado un enorme polvo de rapé, y se puso á escuchar como si obs-

truyendo con tabaco las narices se le hubieran abierto más los oídos.

— En vista de este accidente que arrancará grandes gritos á la muchedumbre y distraerá por el pronto la atención de la escolta, prosiguió el general, todos los que de nuestra gente estuvieren al alcance de la carreta la volcarán dando un grito convenido, á cuya señal saldrán los compañeros de las calles adyacentes y bajarán los colocados en las ventanas, y aunque me faltasen nada menos que setecientos ú ochocientos de los avisados, todavía me quedan casi mil hombres que en un minuto cercarán la carreta á derecha é izquierda, por delante y por detrás, cerrando completamente el paso.

Cortados los tirantes á los caballos y volcada la carreta, diez jinetes cercarán al reo y yo seré uno de los diez.

Respondo de una de dos cosas : ó de morir en la demanda, ó de llevarme conmigo á Mr. Sarranti.

— Hermano, concluyó el general volviéndose hacia Salvador, ese es mi proyecto ; ¿ lo creéis realizable ?

— Yo por mi parte me refiero al dictamen de Mr. Jackal, contestó Salvador mirando al jefe de policía, pues sólo él puede decirnos qué probabilidades puede haber de bueno ó mal éxito. Manifestadnos, pues, vuestra opinión, caballero Jackal, pero que sea con toda lisura y franqueza.

— Por Dios, caballero Salvador, respondió Mr. Jackal que viendo, si no desaparecer, alejarse al menos el peligro, iba recoñando un poco de su sangre fría ; os juro en nombre de lo que más amo en este mundo, esto es, mi vida, que si yo supiese un medio de salvar á Mr. Sarranti, yo mismo os lo proporcionaría : pero desgraciadamente yo soy el que ha adoptado las disposiciones condu-

centes á que no sea arrebatado, resultando de esto que por más que discurro, por más que llamo en mi auxilio á todos los recuerdos de mi imaginación, por más que apelo en mi ayuda á todos los recuerdos de evasiones y raptos de presos, no encuentro ninguno, absolutamente ninguno.

— Perdonad, caballero, repuso Salvador, que os salis de la cuestión en mi concepto; no os pido un medio de salvar á Mr. Sarranti: os pregunto si es bueno el concebido por el general.

— Vos sois el que ha de perdonar, querido caballero Salvador, replicó Mr. Jackal; pues creo que no puedo responder más categóricamente á vuestra pregunta; deciros que no hallo medio alguno, es manifestaros que no apruebo el del respetable preopinante.

— ¿Y por qué así? preguntó el general.

— Explicaos, insistió Salvador.

— Es bien sencillo, caballeros, prosiguió Mr. Jackal; por el mismo deseo que tenéis de libertar á Mr. Sarranti, podréis calcular el anhelo del gobierno porque no se libre: ahora bien, y por ello tengo que pedir os mil perdones, encargado yo de asegurar la ejecución del reo, os he tomado la delantera, y he formado un plan hermano carnal, enteramente distinto del vuestro, hermano enemigo bien declarado.

— Os perdonamos, pues ese era vuestro deber; pero ahora decidnos la verdad, porque en ello va vuestro interés.

— Corriente, prosiguió Mr. Jackal con algo más de seguridad; cuando supe la llegada del general Le Bastard á Francia á poco de la evasión frustrada del rey de Roma...

— ¿Sabiais que yo estaba en París? preguntó el general.

— Al cuarto de hora que llegasteis, contestó Mr. Jackal.

— ¿Y cómo no me hicisteis arrestar?

— Eso hubiera sido, permitidme deciroslo, general, una niñada notable. Haciéndoos arrestar á vuestra llegada hubiera ignorado á qué veniais ó hubiera sabido lo que hubiéseis tenido á bien decirme, mientras que, por el contrario, dejándoos obrar, me ponía al corriente de todo. Así es que creí por el pronto que veniais á reclutar gente por cuenta de Napoleón II, y me equivoqué. Á merced de la libertad en que se os dejó, supe la amistad que os unía á Mr. Sarranti, averigüé que estabais en relaciones con Mr. Salvador, llegó á mi noticia la visita que hicisteis juntos al parque de Viry; y cuando por fin me dijeron que el general afiliado á los carbonarios en Florencia, se había hecho miembro de la logia de Pot-de-Fer, calculé que el general por estas conexiones y tomando el nombre de Sarranti, podría, para salvarle, poner en pie de guerra quinientos hombres, mil, hasta dos mil; veis, pues, que no he errado la cuenta más que en doscientos. Hay más todavía: me dije á mi mismo, el general es rico como un príncipe del Mogol y va á dejar vacias todas las armerías, pero por los mismos armeros sabré yo las armas que compra y por tanto el número de armados que prepara: hé aquí mi cuenta: en ocho días se han vendido mil trescientos pares de pistolas y ochocientas escopetas de caza; descontando cien pares de pistolas compradas por el público, y doscientas escopetas compradas por los cazadores, os quedan seiscientas escopetas y mil doscientos pares de pistolas: respecto á los puñales, habéis debido comprar de ochocientos á novecientos.

— ¿Exacto! dijo el general.

— ¿Qué hice yo entonces? continuó Mr. Jackal. Lo

que vos hubierais hecho en mi lugar. Dije para mí: el general va á armar dos mil hombres; pues armemos nosotros seis mil. De estos, dos mil están colocados desde ayer en los sótanos del Hôtel-de-Ville, otros dos mil han entrado esta noche en Nuestra Señora, cuyas puertas estarán cerradas hoy por la tarde á pretexto de obras de reparación, y los otros dos mil restantes, aparentando atravesar París para restituirse á Courbevoie, harán alto en la plaza Real, y á las tres y media marcharán en derechura á la plaza de Greve: ved pues, como vuestros mil ochocientos hombres serán cogidos como en una red por mis seiscientos mil.

Hé aquí mi objeción, general, como hombre estratégico y como filántropo; como estratégico, os bato sin remedio, pues tengo la ventaja de las armas, de la bandera, del uniforme, de la disciplina, en fin; como filántropo, creedme, vais á aventurar una tentativa, que ya prevista, no puede calificarse más que de una calaverada: además, y merece la pena de que lo recapacitéis, caballero Salvador, además vais por ello á perder las elecciones. Los ciudadanos amedrentados por vosotros y con sus tiendas cerradas por espacio de cuatro días, os abandonarán por completo, los realistas clamarán que Napoleón II se entiende con los jacobinos, que hay alianza carlo-republicana y que todos los buenos deben reunirse contra la revolución; tales serán, en mi concepto, las consecuencias de esta catástrofe. Á pesar de mi dictamen, haced lo que quisierais; pero con todas las veras de mi alma os advierto que este expediente no salva á Mr. Sarranti, y os pierde á vosotros para siempre; tanto más, cuanto que al cometer tal empresa, no lo habréis hecho por un bonapartista ó por un republicano, sino por un asesino y ladrón, según resulta del proceso.

Salvador y el general Le Bastard de Premont cambiaron una mirada, que fué comprendida por todos los carbonarios.

— Tenéis mucha razón, caballero Jackal, dijo Salvador; y por más que vos seáis la única causa de todo el mal que pudiera ocurrirnos, esto no obsta para que os dé las gracias en nombre de todos los hermanos presentes y ausentes. ¿Tiene alguno que presentar otro plan mejor? preguntó á todos los del círculo, interrogándoles además con la vista.

Nadie contestó. Mr. Jackal exhaló un profundo suspiro, cayendo en una verdadera desesperación, de la cual participaban el mayor número de los carbonarios.

Sólo Salvador conservaba su serenidad inalterable.

Como el águila se cernía sobre las nubes, así parecía que Salvador se cernía sobre los destinos de los hombres.